

PAUL DOHERTY

El brujo  
Templario

Título original: *The Templar Magician*  
Editado en Reino Unido por Headline Publishing Group  
An Hachette Livre UK company  
338 Euston Road  
London NW1 3BH

Primera edición: 2011

© Paul Doherty, 2009  
[www.pauldoherty.com](http://www.pauldoherty.com)  
© de la traducción: Juan Miguel Lobo, 2011  
© de esta edición: Bóveda, 2011  
Avda. San Francisco Javier 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
[www.editorialboveda.com](http://www.editorialboveda.com)  
ISBN: 978-84-937430-7-9  
Depósito legal: M-13.425-2011  
Impresión: level Industria Gráfica, S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

<i>Nota histórica</i> .....	11
<i>Personajes históricos principales</i> .....	15
<i>Prólogo</i> .....	19

### PRIMERA PARTE. TRÍPOLI, ULTRAMAR OTOÑO DE 1152

<i>Capítulo 1</i> .....	27
<i>Capítulo 2</i> .....	49
<i>Capítulo 3</i> .....	79
<i>Capítulo 4</i> .....	109
<i>Capítulo 5</i> .....	129
<i>Capítulo 6</i> .....	159

### SEGUNDA PARTE.

#### INGLATERRA, OTOÑO DE 1153

<i>Capítulo 7</i> ... ..	181
<i>Capítulo 8</i> .....	209
<i>Capítulo 9</i> .....	235
<i>Capítulo 10</i> .....	265
<i>Capítulo 11</i> .....	293
<i>Capítulo 12</i> .....	317
<i>Capítulo 13</i> .....	341
<i>Capítulo 14</i> .....	369
<i>Epílogo</i> .....	395

<i>Nota del autor</i> .....	399
-----------------------------	-----



*Dedicado a la memoria de nuestra maravillosa  
madre Kathleen Elizabeth Kenny.  
Carmel, Brigid, Siobhan, Rosaleen,  
Michael y Kathleen.*

*Ha sido una bendición haber tenido  
una madre como tú.  
Descansa en paz.  
Que Dios te bendiga.*



## NOTA HISTÓRICA

Llegado el año 1152, los grandes nobles francos habían mantenido su ocupación de Ultramar (Palestina) durante cincuenta años, desde que los capitanes de la Primera Cruzada asaltaron las murallas de Jerusalén y tomaron la Ciudad Santa. En aquel entonces, se había convertido en el puesto avanzado de los francos en Occidente. Estos poderosos señores habían elegido a su rey, Balduino III, y se apresuraban a dividir Ultramar en parcelas de poder. Los barones se disputaban el poder, tratando de ocupar el mayor número de plazas, ciudades y puertos. La Orden templaria, fundada por Hugo de Payens una década después de la toma de Jerusalén, había expandido también su área de influencia. Los templarios se habían convertido en un movimiento de ámbito internacional, encabezados por los más altos señores, consagrados por el papado y constituidos como el brazo militar profesional en Occidente. Contaban con sus propios acuartelamientos en Jerusalén y su poder crecía con rapidez, a medida que conquistaban o levantaban nuevos castillos y fortalezas en Ultramar. La or-

den también trataba de extender sus raíces a lo largo de Europa, ya fuera por Francia, Inglaterra, Alemania o España. Los templarios representaban los ideales del caballero occidental, el paladín que, llevado por su amor a Cristo, ofrecía su espada para defender a la Santa Madre Iglesia.

Hicieron también acopio de grandes fortunas, y la combinación de riquezas, poder y posición les condujo a realizar conjuras y pactos con los señores más poderosos, con el objetivo de consolidar y expandir aún más su poder. Supuestamente, Hugo de Payens visitó Inglaterra y quedó convencido de las posibilidades de expansión de su orden allí. A la llegada del año 1150, el Temple había establecido ya sus cuarteles en Londres y poseía mansiones a lo largo y ancho del reino. Sin embargo, la expansión de la orden obligaba a los grandes señores a reclutar a más súbditos, y el Temple no solo atraía a idealistas y románticos, sino también a todo aquel que tenía algo que ocultar.

En ningún otro lugar se hizo esto más evidente que en Inglaterra. La invasión de los normandos, en 1066, había dado como resultado la creación de un cuerpo militar de élite, cuya principal obsesión era la conquista de nuevas tierras y riquezas. La influencia normanda se extendía hasta las fronteras de Gales y Escocia, y las constantes escaramuzas entre los caudillos normandos dejaban patente la necesidad de que el soberano de Inglaterra se convirtiera en un poderoso líder militar. Guillermo el Conquistador y sus dos hijos, Guillermo Rufus y Enrique I, supieron adoptar hábilmente este papel. Sin embargo, tras la muerte de Enrique sin



dejar heredero varón (su hijo Guillermo había perecido ahogado en el naufragio del *Barco Blanco*), la corona inglesa se convirtió en objeto de intensa disputa entre Matilde, hija de Enrique, y su primo, Esteban de Blois. Inglaterra se sumió en una guerra civil tan amarga y violenta que llegó a decirse que aquella fue una época en la que Dios y sus santos dormían. En ambos bandos se reclutaron a los peores mercenarios del extranjero, junto con caballeros pendencieros de los condados rurales de Inglaterra, incansables en su ambición de procurarse botines de guerra. La guerra, que tuvo lugar entre los años 1135 y 1154, se hizo aún más salvaje y brutal cuando el hijo de Matilde, Enrique Fitzempress, heredó la causa de su madre y se fijó la propia corona de Inglaterra como único objetivo. Los adversarios tomaban posiciones mientras reconocían en secreto que el final de la guerra y la consecución de una paz duradera solo sería posible si una de las partes quedaba totalmente arrasada...

Las citas que aparecen al principio de cada capítulo de la primera parte proceden de la crónica de Guillermo de Tiro, su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum* (*Historia de gestas de allende los mares*). Las de la segunda parte pertenecen a la crónica *Gesta Stephani* (*Las hazañas de Esteban*). Al final, una nota del autor proporciona un contexto apropiado para muchos de los acontecimientos que se relatan en esta novela.



## PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

### ULTRAMAR

---

Balduino III: Rey de Jerusalén.

Raimundo: Conde de Trípoli.

Melisenda: Esposa del conde Raimundo.

### LA IGLESIA

---

Eugenio III: Papa, obispo de Roma.

Teodoro: Arzobispo de Canterbury.

Enrique Murdac: Líder de los cruzados normandos del sur de Italia.

Tomás Becket: Clérigo y canciller del reino; posteriormente, arzobispo de Canterbury.

Bernardo de Claraval: Uno de los fundadores de la Orden Cisterciense. Figura internacional, orador y político. Ardiente seguidor de la nueva Orden de los Templarios.

## INGLATERRA

---

- Guillermo el Conquistador: Rey de Inglaterra, 1087.
- Guillermo II, o Rufus: Hijo de El Conquistador, rey de Inglaterra, 1087–1100; murió de forma misteriosa durante una cacería en el Bosque Nuevo.
- Enrique I: Hermano de Rufus, rey de Inglaterra, 1100–1135.
- Príncipe Guillermo: Hijo y heredero de Enrique I. Pereció ahogado en el naufragio y hundimiento del *Barco Blanco*.
- Matilde: Hija de Enrique, emperatriz. Se casó con Enrique, el sacro emperador romano, y posteriormente con Godofredo, conde de Anjou.
- Esteban de Blois: Nieto del Conquistador, por parte de su hija Adela. Rey de Inglaterra, 1135–1154.
- Eustaquio: Hijo y heredero de Esteban.
- Guillermo: Segundo hijo de Esteban.
- Enrique Fitzempres,  
o el Angevino: Hijo de la emperatriz Matilde,  
por la cual reclamó la corona

de Inglaterra. Rey de Inglaterra, 1154–1189. Fundador de la dinastía Plantagenet.

Godofredo de Mandeville: Conde de Essex. Figura importante en la guerra civil, muerto en batalla. Ciertas crónicas le atribuyen una muy siniestra reputación.

Simón de Senlis: Conde de Northampton. Uno de los más leales partidarios del rey Esteban.

---

## TEMPLARIOS

---

Hugo de Payens: Fundador de la Orden de los templarios, 1099–1100.

Bernardo de Tremelay: Gran maestre de la Orden del Temple, 1152.

André de Montbard: Gran maestre de la Orden del Temple, 1153.

Jacques de Molay: Último gran maestre de la Orden del Temple. Ejecutado por Felipe IV de Francia, 1313.

Bueso Baiocis: Posible maestre de la Orden templaria en Inglaterra, hacia 1153.

FRANCIA

---

Felipe IV, o El Hermoso: Rey de Francia de la dinastía de los Capeto, fallecido en 1314. Principal artífice de la destrucción de la Orden templaria, 1307–1313.

Roberto de Bruce: Rey de Escocia. Expulsó a los ejércitos ingleses de Eduardo I y Eduardo II; proporcionó un santuario para los templarios tras la disolución de su orden.

# PRÓLOGO



*Abadía de Melrose, Escocia*  
*Otoño de 1314*





**E**L MONJE ALZÓ LA CABEZA Y ESCUCHÓ EL ECO DEL repique de campanas entre los edificios de la abadía. Se estaba celebrando un funeral. Se entonaban salmos fúnebres y cantos que se disipaban en el aire, mecidos por la brisa de la tarde. De nuevo comenzó el tañido de campanas. Si era una mujer la que iba a ser enterrada, dos repiques; si un hombre, tres. Si se tratase de un clérigo, las campanas resonarían tantas veces como órdenes menores hubiese recibido.

—¿Te han mostrado alguna vez las puertas de la muerte? ¿Has visto a los guardianes de las sombras?

El hermano Benedicto se giró rápidamente. Observó a aquella anciana. Llevaba oscuras ropas de luto, que delataban su condición de viuda; se había sentado sobre una silla de amplio respaldo, junto al catre del clérigo, recubierto de mantas de tela escocesa.

—Señora —el joven monje benedictino se disculpó con una leve sonrisa—. Estaba distraído. En realidad, no os esperaba hasta mañana, la víspera de la festividad de Lammas...

—Pero he llegado hoy —la anciana se aferró a su bastón con la empuñadura tallada—. He estudiado los manuscritos.

Suspiró profundamente y se puso en pie. Dejó de mirar al benedictino y fijó ahora su mirada en la ventana arqueada que había tras él. El día llegaba a su fin, y la débil luz del sol palidecía por momentos. Junto a la ventana colgaba una figura de la Virgen María, una talla de madera de la Virgen Madre y de su hijo divino.

—¿Las puertas de la muerte? —susurró el hermano Benedicto—. ¿Los guardianes de las sombras?

—¡Magia, hermano! —susurró la mujer.

—El hermano Guiberto, nuestro precentor, asegura que se encontró con un hechicero que hablaba de un monasterio que se hundió en la tierra y que después resurgió, como Cristo en el día de Pascua.

—No, no —la anciana sacudió la cabeza. Dio unos golpecitos al arca de la cancellería, junto a ella, y dirigió sus pasos hacia el monje, que permanecía sentado en la silla del escritorio—. Hermano Benedicto —agarró la silla con una mano y miró con gesto grave al joven monje—, debes escribir, siguiendo mi deseo y el de su majestad Roberto de Bruce, rey de Escocia, la historia de nuestra orden, los templarios. ¿Está claro? —continuó mirándole fijamente, con unos ojos turquesa que delataban la ardiente exaltación que inflamaba sus entrañas—. Nuestra orden —repitió—, la de los templarios, fundada por nuestro poderoso y sagrado ancestro, Hugo de Payens, y ahora destrozada por Felipe, el severo rey de Francia. Ordenó quemar a Jacques de Molay en una pequeña isla, en el Sena.

Ataron a nuestro gran maestro a un poste con sogas y cadenas y, junto a él, a Godofredo de Charnay. Los dos hombres, hermano Benedicto, protestaron hasta el fin contra las acusaciones de magia negra, hechicería y brujería lanzadas por los abogados del rey. Ensalzaron la piedad, santidad e inocencia de los templarios. Pero bueno —añadió, e hizo una pausa—. Más tarde, algunos adeptos secretos de nuestra orden, aquellos que habían conseguido sobrevivir a la oscura y brutal traición, la tortura y las truculentas mazmorras, se deslizaron a nado por el Sena y recogieron entre sus dientes los sagrados y carbonizados restos de estos valientes guerreros. Aunque —la anciana, que se emocionaba ante el nombre familiar de los De Payens, asió con fuerza el puño de marfil de su bastón— tal estado de inocencia no se ha dado siempre en la misma medida. Aquí, en estas islas... —dijo, con voz entrecortada.

El joven monje la miró con ojos expectantes.

—Señora, esas diabólicas acusaciones, lanzadas con frecuencia contra los templarios, han sido siempre mentiras.

—¿Es eso cierto? —susurró la anciana—. Escucha atentamente. Nuestra orden fue fundada por el gran Hugo de Payens en Ultramar. Recibió la bendición de Bernardo de Claraval, fue consagrada por papas y favorecida por los más egregios príncipes de este mundo. No es de extrañar que los templarios pronto se hicieran fuertes y poderosos; pero al final, monje, los sueños mueren, las visiones se desvanecen. *Ab initio*, desde el principio, hubo muchos que se aplicaron en la caza de reliquias sagradas y en conseguir el poder que estas podrían otorgarles. Peor

aún —masculló—, algunos de ellos comenzaron a adorar a siniestros ídolos, abrazaron los cultos oscuros, conjuraron demonios que moraban en las llameantes entrañas del infierno; reclutaban a brujas que recogían hierbas venenosas de Tesalia; extendieron la simiente de la hechicería, emponzoñando nuestra orden como la mala hierba que hunde sus raíces profundamente en la tierra, alcanzando las tumbas de nuestros muertos y succionando de ellos vapores malignos que envenenaban el aire. Así pues —la anciana posó la mano sobre unos manuscritos amontonados en la tapa de un arcón de madera y hierro—, hermano, estúdialos bien, minuciosamente. Escribe igual que hiciste la última vez; bázate en los manuscritos, teje el tapiz de los hechos y cuenta tu historia —guió sus pasos hacia la ventana ojival y observó tras ella la niebla de la tarde, que avanzaba como un velo de seda por la campiña de Melrose—. Invoca al pasado —su voz se tornó estridente—. Los petirrojos y los ruiseñores no sobreviven mucho tiempo enjaulados. Tampoco lo hace la verdad cuando la mantienen cautiva. Lee todos estos manuscritos, hermano, y hallarás al mismo Satán, refulgiendo como un zafiro ante el resplandor del fuego del infierno.

PRIMERA PARTE



*Trípoli, Ultramar  
Otoño de 1152*



## CAPÍTULO 1



*El conde Raimundo cayó fulminado  
bajo las espadas de los asesinos,  
a la entrada del pórtico.*





— ¡U NA ÉPOCA DE TURBULENCIAS, VISIONES, augurios y presagios! ¡El cielo se crispa sobre nosotros porque hemos errado el camino! Nuestras almas, ulcerosas, se deslizarán renqueantes hacia el infierno. A nuestro alrededor no quedará nada, excepto tumbas vacías y cadáveres en descomposición. Las aguas inundarán la tierra. La sangre empapa los cielos, implorando que la justicia divina caiga sobre nosotros como un relámpago. Los pecados cometidos en bóvedas oscuras y secretas desfilarán por las espaciosas calzadas y plazas del infierno, donde el potro de tortura, la horca y las ruedas de martirio ocupan su lugar ante las llamas eternas de la ira de Dios. Os conmino a que os arrepintáis. ¡Hemos tomado Jerusalén, pero hemos perdido el camino!

El predicador, envuelto en sucias pieles, levantó su báculo y apuntó hacia el cielo azul intenso que envolvía la esplendorosa ciudad blanca de Trípoli, bañada por el mar Medio.

—¡Arrepentíos! —gritó, en un último intento de provocar a su audiencia—. Arrepentíos antes de que se abran las puertas del Juicio Final y se desate todo el poder del infierno.

Edmundo de Payens, caballero de la Orden templaria, se inclinó ligeramente y tocó la muñeca de su camarada inglés, Felipe Mayele.

—¿Estás asustado, Felipe? ¿Sientes miedo ante lo que está por llegar?

Una sonrisa apareció en el rostro alargado y curtido del inglés. Acarició con los dedos los flecos de deslustrado pelaje de la capa blanca que caía sobre sus hombros. Se alisó la barba y el bigote; sus ojos marrones brillaban con cinismo.

—Edmundo, eres un alma indulgente, capaz de dejarte arrastrar por negras tormentas antes de llegar a endurecerte. Mira a tu alrededor. La vida es tal como era en un principio, y así seguirá, ahora y siempre, por los siglos de los siglos —estalló en una sonora carcajada al ver el gesto fruncido de Edmundo ante su burla del gloria al Padre.

De Payens recordó enseguida su decisión, tras su última confesión, de no dejarse ofender con excesiva facilidad. Esbozó una sonrisa forzada y sacudió la cabeza, sujetando firmemente las riendas de su corcel entre los dedos. Mayele y él bajaban lentamente la calle de Alepo, hacia las puertas de la ciudad de Trípoli. Escoltaban al conde Raimundo, el señor franco de la ciudad, que se disponía a partir para reconciliarse con su alejada esposa, Melisenda, en Jerusalén. De Payens cerró los ojos ante el ajeteo del

gentío. En realidad, deseaba estar de vuelta con su hermandad, sus apreciados monjes guerreros. Abrió entonces los ojos y dirigió una mirada de soslayo a Mayele. No todos los hermanos eran cazadores de sueños o visionarios; no en vano, Mayele había sido excomulgado fulminantemente por haber matado a un sacerdote en Coggeshall, una ciudad en esa isla brumosa del fin del mundo llamada Inglaterra.

—*Cruciferi, à bas, à bas!* —se escuchó un grito desdeñoso en provenzal, un alarido gutural emitido por un turco. Sacó bruscamente a Edmundo de su ensueño y cayó en la cuenta de la muchedumbre que se agolpaba a su alrededor. Frente a ellos, los mercenarios turcopoles de Raimundo de Trípoli, ligeramente armados, se abrían paso entre la multitud, con sus corazas laminares resplandeciendo bajo el inclemente sol. Edmundo escrutó sus rostros, pero ninguno de ellos se atrevía a mirarle a los ojos. Aquello se habría interpretado como un tremendo insulto. La mayoría de los hombres escondía la cabeza bajo turbantes blancos sus semblantes se ocultaban tras el velo que les protegía ojos y boca del viento cargado de polvo y de las hordas de moscas negras. De Payens se sentía incómodo. Les envolvió una súbita nube de polvo, cargando el aire con el hedor de los excrementos de caballos y camellos. Por doquier se elevaban los gritos de comerciantes anunciando sus productos. Allí, en Trípoli, judíos y musulmanes, católicos y ortodoxos, francos y turcos compartían el espacio, rozando sus hombros con inquietud en oscuros callejones, ruidosos bazares y soleadas plazas. Trípoli era el lugar de encuentro de religiones y culturas muy dispares, apaciguadas

por el puño acorazado del viejo conde, que cabalgaba tras ellos con su escolta de oficiales y guerreros. Sobre sus cabezas, los espléndidos estandartes azules y amarillos, representando los cipreses plateados de El Líbano, agitados por la brisa de media mañana.

—¡Sosegaos, templario!

La poderosa voz del conde obligó a De Payens a girarse en su montura. El templario agitó la cabeza con cortesía ante Raimundo, lamentándose de no llevar puesta la cota de malla ni las brafoneras; tan solo unas botas livianas, un jubón acolchado y unas calzas de malla bajo la blanca túnica con su cruz roja cosida al pecho. Sobre su espalda colgaba un escudo cóncavo; ciñendo su cintura, un simple cinturón del que colgaban daga y espada. ¿Sería esta suficiente protección si tras los improperios lanzados se desatara la violencia? De Payens arqueó el cuello, tratando de limpiarse el sudor que manaba bajo su larga cabellera. Agarró con firmeza las riendas entre los dedos desnudos que asomaban de los mitones y murmuró la oración templaria: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*», «No con nosotros, oh Señor, no para nosotros; que la gloria sea únicamente para ti».

Debía tener presente que era un pobre caballero del Temple, entregado a la pobreza, obediencia y castidad. Había jurado seguir a la cruz templaria, con inquebrantable lealtad hacia su gran maestro, y era por eso por lo que Mayele y él estaban allí. Durante los últimos meses habían permanecido acuartelados en Chastel Blanc, una fortaleza templaria situada al sur de Trípoli. Allí se les encomendó que escoltasen al conde Raimundo hasta Jerusalén. Le sa-

tisfacía verse libre de la rigurosa rutina de Chastel Blanc y volver a ver Jerusalén, pero recordó enseguida que su misión era su principal deber. Estaba obligado bajo juramento. La Orden templaria se fundó para que sus caballeros patrullasen los caminos que conducían a Ultramar, Palestina, la tierra de *le Bon Seigneur*. Jesucristo, encarnación de Dios en la Tierra, había caminado, dormido, comido y hablado a sus amigos, predicado, muerto y resucitado en este mismo suelo. Sin embargo, De Payens sentía un inquietante desasosiego que martilleaba su corazón y le nublaba la mente. Trípoli era ruidosa y delirante, un crisol de colores cambiantes envuelto en una eterna nube de polvo y un aplastante calor, mortificada por legiones de persistentes moscas. Estaba empapado en sudor, y su corcel se agitaba inquieto. La multitud que le rodeaba podía igualmente amparar amigos o enemigos.

—Mantente despierto —Mayele se irguió ante una ráfaga de aire cargado de vapores de sudor y cerveza—. Mantente despierto, Edmundo, pues aún no conoces ni el día ni la hora. ¡Se deslizará hacia ti como un ladrón en la noche!

De Payens se enjugó el sudor de la frente y se humedeció los labios, rebozados en sal y arena. El calor le envolvía como una espesa manta. Al contrario de lo que solía hacer en circunstancias similares, no debía soñar con la casa de sus abuelos, con su blanca frescura entre los cipreses y los olivares del norte de El Líbano. Se agitaba nerviosamente sobre la silla de montar, golpeando suavemente la empuñadura de su espada y jugueteando con la daga. La formación recorría ahora la avenida principal en dirección

al gran portón amurallado, sobre el que se agitaban los estandartes de Trípoli en los mástiles dispuestos entre las almenas. De la horca de cada cadalso colgaba un cuerpo inerte, con un cartel cosido al pecho. Esa zona se había convertido en el principal merendero de milanos, águilas y buitres, que agitaban sus alas impregnadas de sangre para ahuyentar a los negros enjambres de moscas que danzaban bajo la luz del sol.

El ruido era ensordecedor. Las mulas y los burros rebuznaban ante el olor dulce del agua. En el aire flotaban el tintineo de vasijas y sartenes, el cadencioso redoble de timbales y los gritos de los comerciantes en un millar de lenguas. La muchedumbre se extendía como un cardumen de peces multicolores alrededor de un mar de tiendas. Edmundo fijó su mirada en una mujer. Su cabello, negro como el azabache, caía a ambos lados de la frente, amplia y suave como la seda, sobre unos bellos ojos y unas cejas arqueadas. La parte inferior de su rostro se ocultaba bajo un velo, que solo contribuía a realzar su belleza misteriosa. La joven le dedicó una sonrisa. El interés de Edmundo crecía cada vez más. De repente, desvió la mirada, distraído por un grupo de judíos, embutidos en sus largas batas negras, que salían de un callejón para mezclarse con maronitas, de origen sirio y pobladas cabelleras, y con coptos de piel morena, procedentes de las enigmáticas tierras al sur del Nilo. De una iglesia cercana se escapaban el débil murmullo de cantos y plegarias y la peculiar fragancia del incienso.

El eco de los cantos fue creciendo según se abría paso entre el gentío un grupo de sacerdotes griegos, lan-

zando bendiciones a una caterva de niños harapientos mientras portaban sus preciados iconos y estatuas ataviadas con costosos trajes y piedras preciosas, en dirección a algún sepulcro o capilla. Tras ellos desfilaba una hilera de camellos, cimbreándose ante sus pesadas cargas como carracas en la mar; junto a ellos, sus jinetes y guías se abrían paso a voces entre las masas.

De Payens hizo un esfuerzo por ignorarlos. Se encontraban ya muy cerca del portón, donde aguardaban los mercenarios del conde Raimundo. El suave acento provenzal se mezclaba con la lengua gutural de Suabia. A su alrededor, decenas de carpinteros y herreros golpeaban hachas, martillos y espadas, provocando un ruido ensordecedor. Se escucharon trompetas y el repique de címbalos. Los tambores redoblaron, saludando a la comitiva. Los mercenarios se dispusieron por rangos para inclinarse ante su señor. El sol alcanzaba su cenit en un día que se disponía a resquebrajarse y desmoronarse entre una orgía de sangre y muerte.

De Payens se sobresaltó ante el vuelo de una bandada de palomas sobre su cabeza. Mayele soltó algunos improperios en voz alta. Edmundo se agitó sobre su silla de montar. Súbitamente, apareció un grupo de sacerdotes maronitas, vestidos con túnicas marrones y con el rostro oculto bajo sus espesas cabelleras, y se acercaron hacia el conde Raimundo con la intención de leerle algunas peticiones. El señor de Trípoli les indicó con un gesto que se aproximaran. Los maronitas reaccionaron con rapidez, como una jauría de perros que acabase de encontrar el rastro. Se situaron alrededor del señor franco y de su pri-

mer caballero, lanzando su juramento de sangre. ¡*bassas-sins!* El conde y su secuaz quedaron ligeramente separados; su escolta se apresuró a acudir. De Payens y Mayele agitaron furiosamente las riendas de sus corceles. ¡Demasiado tarde! Los asesinos abandonaron su farsa; los trozos de pergamino blanco volaron por los aires como mariposas. Sacaron largas dagas curvadas y decoradas con cintas de color rojo, que cortaron el aire e hicieron presa en el conde, desprotegido como estaba con sus calzas, gabán, capa y botas de piel suave. Ni él ni su acompañante pudieron siquiera musitar el miserere, ni desenvainar la daga o la espada. Los sicarios les rodearon, lanzando sobre ellos una lluvia de cuchillos y haciendo que la sangre brotara como el vino de un pellejo rasgado. De Payens desenvainó su espada. Mayele arremetió contra la multitud que bullía a su alrededor, lanzando el grito de guerra de los templarios, *Beauséant! Beauséant!* Sus caballos se estremecieron ante la súbita violencia y el olor penetrante de la sangre fresca. La figura del conde comenzó a inclinarse y a caer sobre la grupa de su caballo, mientras los puñales seguían describiendo arcos alrededor de su cuerpo. Dos de los asesinos se separaron del grupo y corrieron hacia De Payens. El templario espoleó al caballo en su dirección, abalanzándose sobre los dos espada en mano y exclamando oraciones, maldiciones y gritos de guerra. El frenesí sangriento se apoderó de él, mientras su acero repartía tremendos golpes entre más y más asesinos que comenzaban a rodearle; habían terminado con el conde y acudían presuros en ayuda de sus compinches para matar al odiado templario. La furia guerrera de De Payens se materializó en



una nube carmesí. Continuó agitándose sobre su caballo, cuyas afiladas pezuñas se clavaban en la carne de sus atacantes hasta que, finalmente, desistieron de su intento y se batieron en retirada entre la multitud.

Los oficiales del conde Raimundo, recobrados ya de la sorpresa, estaban sedientos de sangre. No corrieron tras los asesinos, sino que, al igual que Mayele, comenzaron a atacar con furia a todo aquel que se mantenía al alcance de su espada. Arremetieron contra la masa aterrorizada como segadoras, seccionando, golpeando y destrozando a sus víctimas con mazas, hachas y espadas. Algunos de los transeúntes trataron de repeler el ataque; la masacre se extendió como una tenebrosa nube del averno. La guarnición de las puertas de la ciudad, un puñado de mercenarios sedientos de sangre, no necesitaba mayor estímulo para descargar su rabia salvaje.

—¡Hagamos que cuervos y buitres se den un festín esta tarde! —gritó Mayele mientras atacaba a un grupo de mercaderes y camelleros.

De Payens, libre al fin del fragor de la batalla, miró horrorizado a su alrededor. Los cuerpos del conde Raimundo y su escudero, que yacían sobre un gran charco de sangre, comenzaban a ser retirados, envueltos en sus capas. La muerte se abría paso con rapidez a ambos lados del empedrado, como la brisa entre las arenas del desierto. Grupos de arqueros, apostados sobre las murallas y las puertas de la ciudad, oscurecieron el cielo, cubriendo a la multitud con una densa lluvia de saetas y flechas. Las espadas, teñidas de sangre hasta la empuñadura, destellaban bajo el sol. Los adoquines, cubiertos de polvo, se enfanga-

ron con la sangre que manaba de los miembros amputados. Cabezas segadas rodaban por el suelo como sucios matorrales. Las blancas paredes de las casas se cubrieron de manchas escarlata procedentes de esta lluvia siniestra. Los niños gritaban presas del pánico; las columnas de humo negro se estremecían en el cielo azul. El caos se extendió por buena parte de la ciudad. La gente huía hacia las casas y las iglesias.

Edmundo escuchó un grito descarnado en el patio interior, junto al portón. Dos jóvenes sirias luchaban por librarse del cruel abrazo de unos mercenarios suabios, que habían dejado sus enormes hachas de dos cabezas en el suelo mientras forcejeaban con ellas. Los suabios trataban de desnudar a las sollozantes jóvenes y las empujaban una contra la otra. Las chicas chillaban desconsoladas. Una de ellas señalaba el cadáver sangriento de un hombre que yacía junto a ellas. Edmundo montó en cólera. Luchó por templar su caballo, pero era demasiado tarde. Los mercenarios parecían haberse aburrido de su juego, o bien habían reconocido la amenaza que se cernía sobre ellos. Se echaron a un lado y uno de ellos tomó el hacha con rapidez y segó las cabezas de ambas mujeres. El resto se giró para hacer frente a De Payens. El templario frenó bruscamente a su caballo y observó horrorizado los dos cadáveres, cubiertos de la sangre que aún manaba de sus cuellos cortados; sus cabezas, recubiertas de una maraña de cabellos, rodaban y rebotaban sobre los adoquines.

De Payens se dio la vuelta, asqueado. Espada en mano, espoléó a su corcel hacia los escalones de una iglesia ruínosa que apenas se tenía en pie, cuyas puertas se

habían abierto de par en par para que entraran los ciudadanos en busca de refugio. Subió los escalones, echando a un lado a empujones a los fugitivos. En el interior del templo, el aire estaba cargado de vapores de mirra, áloe e incienso. La oscuridad solo se turbaba con la débil y sinuosa luz de las velas encendidas ante iconos y estatuas. En el extremo opuesto se adivinaba el altar, oculto bajo una espesa tela oscura con una píxide de plata bordada en el centro. La nave principal del templo se estaba llenando rápidamente de refugiados de todas las confesiones y de ninguna. Las familias se abrazaban entre sí, presas del terror; los niños lloraban desconsolados. Un sacerdote griego, acompañado por sus acólitos y un monaguillo, comenzó a desfilarse desde la puerta de la sacristía, alzando una cruz dorada entre las manos. El clérigo bramaba que todos aquellos que no fueran *cruciferi*, portadores de la cruz, debían abandonar el templo enseguida. Tras él aparecieron unos mercenarios, enfundados en cotas de malla, arrastrando pesadamente sus sucias botas, con sus escudos colgados a la espalda y gesto de feroz expectación.

—¡Fuera! —gritó el sacerdote, mientras su escolta golpeaba el suelo con sus espadas—. ¡Infieles, herejes, cismáticos! ¡No hallaréis santuario aquí!

Sus proclamas se recibieron con sonoros gemidos. De Payens avanzó con su caballo hasta un haz de luz que se colaba por una de las altas ventanas del triforio. Los rayos de sol caían sobre su capa negra, resaltando la cruz roja cosida a su hombro derecho.

—Nadie debe salir de aquí, dómine —declaró en lengua franca.

El sacerdote resopló, tocándose el cuello con la punta de la cruz. Sus escoltas, sedientos de sangre, pillaje y violación, gruñeron amenazadoramente; pero un caballero templario, blandiendo su espada y montando su corcel bañado en sangre, era una objeción a tener en cuenta. El sacerdote hizo una reverencia y, chasqueando los dedos a sus sabuesos soldados, se introdujo de nuevo en la sacristía.

De Payens hizo guardia ante las puertas abiertas de la iglesia. Permitió el acceso a todos los huidos, que entraron en la nave con los rostros desencajados por el horror. Cualquier perseguidor era obligado a retirarse por el adusto centinela, envuelto en su capa y reposando su espada sangrienta sobre el hombro. Permaneció allí sentado, inmóvil, como una estatua de granito, observando la gran calzada sembrada de cadáveres y teñida de sangre bajo el despiadado sol. Las moscas se congregaban en nubes negras. Los buitres y águilas describían círculos en el cielo, impacientes por comenzar su banquete. Unos perros callejeros se movían de uno a otro cuerpo, olisqueando las ropas, preparándose para clavar sus colmillos en la carne. Tan solo se apartaron ante la llegada de los bandidos y saqueadores de cadáveres, en busca de cualquier tesoro oculto entre los despojos. Un mercader, agradecido por su huida, ofreció al templario una porción de pastel de semillas de sésamo y una jarra de agua. De Payens comió y bebió mientras continuaba observando el macabro escenario. Su mente oscilaba como un navío sobre un mar tempestuoso. Se sintió frío, muerto. ¿Para esto se había alistado en la gran orden y jurado servir a Dios, Cristo y la Virgen María y obedecer al maestre del Temple?

Tratando de controlar sus nervios, De Payens recordó su misa de ordenación e investidura, al despuntar el alba. Visualizó en su mente cuando recibió la túnica de la orden, el cinturón de cordón de lana que simbolizaba la castidad, el tocado que simbolizaba la obediencia, y todo ello sellado con el beso de paz del maestro. Apenas habían transcurrido dos años desde aquello, aunque ahora le parecían una eternidad. Se había presentado en el patio delantero del templo de Jerusalén con sus mejores galas. Allí le recibió un grupo de ujieres templarios que le escoltaron a través de la Gran Calzada, donde moraban los caballeros templarios. Cruzaron pórticos, columnatas y pasajes abovedados, alumbrados por la luz tenue de las lámparas. El eco de sus pasos sobre las losas de piedra resonaba con fuerza. Después de recibir la bendición y la imposición de óleos en la antecámara, le condujeron hacia la gran sala capitular, donde aguardaban los templarios; sus blancas túnicas mostraban la cruz roja, cubrían sus cabezas con suaves cofias de seda y descansaban las manoplas sobre la empuñadura de sus espadas, desenvainadas y apoyadas en el suelo. Bajo juramentos escalofriantes en aquella sala cavernosa, fría y oscura, donde danzaban las sombras bajo la temblorosa luz de las lámparas de aceite, De Payens juró que pertenecía a una casta de caballeros, que era de cuna legítima, buena salud, ferviente partidario de la religión católica según el rito latino de Roma, que no estaba casado y que se encontraba libre de tales compromisos. Allí, en aquella inquietante penumbra, cerca de los establos en los que Salomón mantuvo una vez a su caballería, a escasos pasos de donde el Salva-

dor había predicado y expulsado a los prestamistas, se escucharon los grandes juramentos de los caballeros blancos. Bernardo de Tremelay, el gran maestre, proclamó el gran desafío con voz poderosa:

—Deberás renunciar totalmente a tu propia voluntad. Deberás someterte a la de otros. Deberás ayunar cuando estés hambriento y pasar sed cuando desees beber. Mantendrás una estricta vigilia incluso cuando te sientas cansado.

—Así lo haré, dómine, si es ese el deseo de Dios.

Parecía un susurro en comparación. Después de haber hecho el juramento, tuvo lugar la investidura, mientras los templarios entonaban el salmo: «Comprobarás lo beneficioso que es para los hermanos vivir en unión y armonía».

Una vez vestido, le escoltaron hasta el refectorio para recibir allí las felicitaciones de sus abuelos, Teodoro el Griego, con su suave sonrisa y su naturaleza amable, y su imponente abuela Leonor, hermana del gran Hugo de Payens, fundador de la orden. Después de aquello volvieron a El Líbano, mientras él permaneció en Jerusalén para recibir la estricta disciplina y entrenamiento para llegar a convertirse en un pobre caballero de Cristo.

Relegaron a De Payens a los aposentos más humildes, en el patio interior del templo. La obediencia no era una opción, sino una dura realidad; las penurias y privaciones, una constante día y noche. Dormía cada noche completamente vestido, sobre un catre que no era más que una alfombra extendida en el suelo, con un candil a un lado y, al otro, sus armas preparadas para su uso. Su sueño se veía interrumpido constantemente con llamadas

a la oración. Unas exiguas viandas constituían su único sustento. Duros entrenamientos en el manejo de la espada y la lanza, bajo el cruel sol del mediodía, se repetían invariablemente cada día. La caza, la cetrería y las mujeres estaban terminantemente prohibidas y se imponían severos castigos a aquel que osara infringir las normas: cuarenta días de ayuno para el que agrediese a un compañero. Los que habían caído en semejante desgracia debían disputar la comida a los perros en el suelo, y no se les permitía apartar de su lado a los animales.

Tras acabar la instrucción, le enviaron a patrullar polvorientos caminos que serpenteaban entre inquietantes desfiladeros, o entre vastas extensiones arenosas salpicadas de escasos oasis, cuyas preciosas aguas brotaban bajo los torcidos troncos de sicomoros, terebintos y palmeras datileras. Sirvió como escolta de peregrinos, que llegaban a las costas dispuestos a caminar fatigosamente en ese duro paisaje para acabar arrodillados a la sombra del Santo Sepulcro. Protegió a los mercaderes y su equipaje de sacas de cáñamo, maletas de cuero, cestas y arcones de mimbre cargados sobre las espaldas desnudas de sudorosos portadores, además de a importantes mensajeros, dignatarios y oficiales. Durante tales misiones, había tenido que enfrentarse a los hoscos hombres del desierto, de largas barbas, que aparecían de entre el polvo con sus estandartes verdes y aullando sus gritos de guerra. Con la ayuda de otros templarios, persiguió a esos hombres por todo el árido desierto, donde el sol golpeaba inmisericorde como una maza de guerra. Salieron en busca de los campamentos de los moradores del desierto, como solían

llamarles, con sus pabellones anaranjados, atacándoles y dándoles muerte, buscando entre ellos a sus caudillos vestidos con túnicas de terciopelo, fajas de plata y turbantes. Mujeres y niños cayeron aplastados bajo los cascos de su corcel de batalla. Durante uno de esos ataques, capturó a una mujer joven, que había escapado y huido hacia los páramos baldíos. Rogó por su vida, presionando el cuerpo contra el suyo; presionó las manos del caballero contra sus senos turgentes y su suave y delgada cintura, mostrando unos bellos ojos y labios carnosos que prometían placeres prohibidos. El templario se dio la vuelta, tembloroso y espantado ante la tentación y, cuando quiso volver a mirarla, la joven había desaparecido.

Aquel encuentro había cambiado a De Payens. Le acosaban los fantasmas, súcubos de la noche de piel suave y perfumada y ojos seductores. Le perseguía la imagen de un cuerpo sinuoso, estremeciéndose sobre el suyo, con el rostro cubierto por cabellos de seda. Como acto de contrición, se postró en la sala capitular y confesó sus pensamientos, recibiendo como condena una dieta de pan enmohecido y agua salobre. Se arrastró hasta la cruz de la capilla del templo e hizo penitencia en algún mar de rocas, bajo el sol inclemente del desierto. Y algo más importante: había perdido el apetito por la sangre; no por el furor de la batalla, por la lucha de espada contra espada, sino por el combate contra aquellos que no podían defenderse. Evocó en su memoria las fabulosas historias sobre los antiguos paladines, cuyas hazañas había aprendido de la indomable Leonor. ¿No le había susurrado que el gran Hugo había establecido la orden de defender al débil y al



indefenso, ya fuera cristiano o turco? Ella también le había insistido en la inutilidad de la muerte, aun cuando fuera ese el objetivo que planea sobre el campo de batalla. Le había proporcionado su libro de cabecera y su rueda de oraciones, citándole poemas sobre las secuelas de la matanza. ¿Cómo eran aquellos versos?

«Muchas lanzas bajo un frío amanecer. Las alzamos hacia el cielo, pero el harpa del poeta no levantará a los guerreros caídos; mientras tanto, el vuelo sombrío de las águilas transmitirá las nuevas a los buitres, de cómo han desgarrado y engullido la carne, de cómo ellos y los chacales han dado buena cuenta de los cadáveres...».

—¡Mi señor, mi señor!

De Payens sintió el tacto de una mano sobre su muslo. Se giró y observó a una mujer de ojos expresivos, con el rostro lleno de magulladuras y una melena gris desaliñada y chamuscada.

—Dómine —sus labios apenas se movían. Señaló hacia la puerta de la iglesia—. Tenemos una tienda de vinos con un pequeño viñedo en la parte trasera. Vinieron los soldados. Se llevaron a mi marido, le colocaron bajo la prensa del vino y la tensaron hasta que la cabeza le estalló como una nuez, desparramando la sangre y los sesos sobre nuestro vino. Mi señor, ¿por qué han hecho tal cosa?

—¡Son demonios! —De Payens le acarició gentilmente la frente—. Demonios encarnados. El mundo se está llenando de ellos —apartó a la mujer a un lado, al observar que el ruido en el interior de la iglesia comenzaba a aplacarse, volvió a ponerse en guardia y se preguntó qué

debía hacer. Una figura chamuscada y andrajosa se aproximaba tambaleándose desde el patio interior, gritando:

—¡Por Cristo y su Santo Sepulcro!

De Payens le hizo una señal para que se acercase. El hombre subió los escalones a duras penas y se puso en cuclillas ante la puerta, bebiendo como un perro sediento de un pellejo de agua que le ofreció una mujer. Una vez saciada su sed, alzó los ojos hacia De Payens.

—¡Que Dios os maldiga a todos! —murmuró—. Una buena parte de la ciudad está en llamas. Dicen que los responsables son los *hassassins*, enviados por el Viejo de la Montaña.

—¿Por qué? —preguntó De Payens.

—¡Sabe Dios!

El hombre se incorporó y se lanzó hacia él dando trompicones. Agarró con una mano las riendas del caballo, mirando al templario con ojos furiosos.

—La ciudad está inundada hasta las rodillas de cuerpos desmembrados, el suelo está embarrado de sangre y vísceras. Hombres como vos...

De Payens se movió aprisa, girando su caballo mientras bloqueaba con su espada el rápido movimiento descrito por la daga que aquel hombre llevaba oculta en su manga derecha. El arma cayó ruidosamente al suelo. Las mujeres chillaron aterrorizadas; los hombres se pusieron en pie de un salto, lanzando gritos de advertencia. De Payens presionó la punta de la espada contra la barbilla del hombre, forzándole a retroceder hasta la claridad. Su asaltante no imploró por su vida; los ojos apretados en aquella tez oscura no titubearon en ningún momento.

—¿Cómo lo habéis sabido? —susurró.

—Sois diestro, pero habéis utilizado la mano izquierda para coger las riendas —De Payens escrutó el rostro de aquel hombre: inteligente, decidido, de nariz respingona, boca generosa y mentón prominente—. ¿Por qué? —preguntó.

—¡Asesinos! —replicó el hombre—. Asesinos enviados por el infierno para hacer su trabajo. Todos seréis llamados a las puertas de la muerte y os reuniréis con los guardianes de las sombras.

—Estáis citando el Libro de Job —replicó De Payens—. ¿Qué sois? ¿Un erudito, un clérigo?

—Un médico que ha presenciado tanta muerte que ha quedado saturado para toda la vida.

De Payens bajó su espada.

—Entonces, recoged vuestra daga y venid tras de mí. No soy ningún demonio, al menos, no por ahora.

El hombre se deslizó por delante de él hacia la oscuridad de la iglesia. De Payens tensó sus músculos, tratando de agudizar el oído en busca de algún sonido que le avisara de un nuevo ataque. Sin embargo, el hombre se acercó a su lado y envainó su daga mientras susurraba:

—Un horror del crepúsculo, cegado y abotagado de sangre, acecha la ciudad, revestido de pieles de león. Tras él arrastran las cadenas de la muerte. Legiones completas dirige...

De Payens bajó la vista hacia él.

—Me parecéis mucho más un sacerdote que un médico.

Se escucharon unos gritos provenientes del patio interior. Aparecieron tres figuras doblando la esquina, co-